

Caminando Sobre las Aguas

Pastor Oscar Arocha

25 de Mayo, 2008

[Iglesia Bautista de la Gracia](#)

Santiago, República Dominicana

Y los discípulos, viéndole andar sobre el mar, se turbaron, diciendo: ¡Un fantasma! Y dieron voces de miedo. Pero en seguida Jesús les habló, diciendo: ¡Tened ánimo; yo soy, no temáis! Entonces le respondió Pedro, y dijo: Señor, si eres tú, manda que yo vaya a ti sobre las aguas. Y él dijo: Ven. Y descendiendo Pedro de la barca, andaba sobre las aguas para ir a Jesús. Pero al ver el fuerte viento, tuvo miedo; y comenzando a hundirse, dio voces, diciendo: ¡Señor, sálvame! Al momento Jesús, extendiendo la mano, asió de él, y le dijo: ¡Hombre de poca fe! ¿Por qué dudaste? Mateo 14:27-31

Una de las verdades consoladoras que enseña este pasaje es que las palabras de Cristo a los Suyos siempre, siempre vendrán en el momento más adecuado, según Su sabiduría: “Y los discípulos, viéndole andar sobre el mar, se turbaron, diciendo: ¡Un fantasma! Y dieron voces de miedo. Pero en seguida Jesús les habló, diciendo: ¡Tened ánimo; yo soy, no temáis!.” Es evidente en esta historia que Jesús no hubiese podido hablar así hasta que estuvieran atemorizados, o que en ocasiones Su paz vendría luego de nuestra tormenta. Dicho de otro modo, que si haciendo la voluntad de Cristo te metes en problemas y pierdes tu paz, de seguro que luego Jesús vendrá, te libraré y consolará, pero en Su tiempo no necesariamente en el tuyo. Una sola palabra Suya es suficiente para aquietarnos: ¡Tened ánimo.” Además que si por causa de tus prejuicios Su presencia te da temor, Sus palabras te consolarían. Será, pues, Su Palabra lo que hace Su presencia confortable, no necesariamente Sus milagros. Se puede decir que las ordenes divinas pudieran parecernos duras y amargas, pero confiemos que su intención es verdadera y beneficiosa.

El estudio fue así: **Uno**, Cristo se separa de los discípulos (v22-27). **Dos**, Pedro camina sobre el agua (v28-31).

II. Pedro camina sobre las Aguas

En **dos** partes: El pedido de Pedro a Jesús (v27-29), y el efecto del temor de Pedro (v30-31).

El pedido de Pedro a Jesús (v27-29). Los discípulos habían errado en su juicio, temieron, y ahora son consolados: “Y los discípulos, viéndole andar sobre el mar, se turbaron, diciendo: ¡Un fantasma! Y dieron voces de miedo. Pero en seguida Jesús les habló, diciendo: ¡Tened ánimo; yo soy, no temáis!” (v27). Para el Señor consolar no necesita decir muchas palabras, sino pocas, y esa poca es Su Nombre, breve pero lleno de significado: “Yo soy.” Las ovejas conocen la voz de Su Pastor, y la reconocen entre miles de voces. Tal el bebé con su madre. La misma voz que habló a Moisés, ahora a los discípulos. Es una expresión maravillosa, pues es corta, pero más que suficiente. Resume el soberano de los cielos y la tierra.

Ahora note esto: “¡Tened ánimo; yo soy, no temáis! Entonces le respondió Pedro, y dijo: Señor.” Es cierto que Pedro fue impetuoso, pero ninguno de los apóstoles respondía con corazón de fe tan rápido como él; en todo tiempo su amor por el Señor fue claramente manifiesto; los demás hicieron silencio pero él se abalanzó de inmediato, siempre le vio como su refugio, como su Salvador. No obstante tal elogio, también hay que decir que su fe estuvo mezclada con incredulidad, nótese: “Le respondió Pedro, y dijo: Señor, si eres tú.” Por un lado le confiesa como Señor, y por el otro duda que lo sea: “Si eres tú.” La fe o Gracia pura es sólo para los espíritus hechos perfectos que están en el cielo, aquí abajo el mejor de los Creyentes tiene fe mezclada con incredulidad. Veamos la mezcla que había en su corazón; por un lado sus muestras de fe: “Señor... manda que yo vaya a ti sobre las aguas.... Pedro andaba sobre las aguas...¡Señor, sálvame!” (v27,29-30) y por el otro las de su incredulidad: “Si eres tú... Al ver el fuerte viento, tuvo miedo.” (v27, 30). En asuntos de vida cristiana todo lo nuestro

está mezclado con corrupción moral y espiritual. Desde el momento que Adán puso sus dientes sobre el fruto prohibido, nuestras vidas no pueden ser de otra manera. De modo que fue un pedido de consistente sinceridad el ruego de aquel padre al Señor Jesús: “Creo; ayuda mi incredulidad.” (Mr.9:24).

Fortaleza en fe. Ahora enfoquemos sobre Pedro: “Señor, si eres tú, manda que yo vaya a ti sobre las aguas.” (v28). El había imaginado que se trataba de un fantasma, de manera que también pudo sospechar que el fantasma imitó la voz del Señor Jesús, pero no, en medio de la tormenta y sus corazones inundado de miedo de perder la vida, no dudó, más bien confió. El no dijo ven a mí, sino que le diera poder de caminar sobre el agua, tampoco le pidió que orara para que pudiera caminar sobre el mar, por el contrario vio que Cristo era poderoso: “manda que yo vaya a ti sobre las aguas.” Muestra fuerte confianza de que el Señor tenía poder para mandar a Pedro y las aguas. Como si hubiese dicho: Yo se que todas la cosa de obedecen, y sólo tienes que decir el mandato. Notemos además que no sólo lo deseó, sino que actuó, pues tan pronto como Jesús dijo: “Ven”, la buena reacción de Pedro fue inmediata: “Y descendiendo Pedro de la barca, andaba sobre las aguas para ir a Jesús.” (v29). No tuvo temor ni de las olas, ni de la blandura del agua. He aquí un cuadro fiel de lo que es un discípulo de Cristo: “En seguida Jesús hizo a sus discípulos entrar en la barca... descendiendo Pedro de la barca, andaba sobre las aguas.” (v22,29). Estuvo confiado que Quien le dijo ven, también era poderoso para endurecer el agua al toque de sus pies. Una verdad se infiere: Que la fe siempre corre riesgos confiando en la Palabra de Jesús, o que el corazón de fe no es detenido por las dificultades ordinarias. Jesús mandó, y Pedro actuó. Al presente el mundo ofrece muchos atractivos a los hombres, pero el verdadero Creyente las rechaza cuando entran en competencia con los tesoros de Cristo. A diferencia del mundano que busca seguridad y comodidad terrenal, sin tener en cuenta al Señor.

Caminó sobre las aguas. Jesús pudo haber dicho: Pedro mi omnipotencia no es para que un mero hombre como tu quiera hacer lo que hace el Hijo de Dios, así que confórmate con estar en la barca y disfruta el milagro que hago delante de ti. Pero no se oyó ningún reproche, sino una dulce voz de complacencia: “Ven, y descendiendo Pedro de la barca, andaba sobre las aguas para ir a Jesús.” (v29). El cuadro es de sumo agrado; como si Jesús no tuviera poder para decir que no a los pedidos de sus discípulos. Esto nos estimule a confiar de que nunca negaría lo que sea para crecer en la vida cristiana. Notemos, pues, que la fe verdadera no descansa en buenos deseos o motivaciones, sino que actúa y ejecuta de acuerdo la palabra de Cristo. Es así como viene Su poder sobre el alma que cree. Pedro tuvo dudas, pero tan pronto como oyó la voz de Jesús puso sus pies sobre el agua y caminó sobre ella. La seguridad y preservación estará en todo hombre que tenga como fin hacer lo que Cristo mande. Nótese: “Andaba sobre las aguas.” Dos brazos le sostenían, el poder de Cristo y su fe. El poder de Dios y la fe verdadera son inseparables. Es interesante que Pedro no pensara sobre el viento tempestuoso, sino que dijo: “Manda que yo vaya a ti sobre las aguas.” Acerca del viento y las olas ya venían luchando, no le era sorpresa, pero el agua sí le sería tremenda sorpresa, y así actúan los hombres diestros, no tienen tanto miedo de sus luchas conocidas, sino del poder terrible que tiene el mal inesperado. Un golpe esperado duele mucho menos, que uno de sorpresa.

El efecto del temor de Pedro (v30-31). Leamos: “Pero al ver el fuerte viento, tuvo miedo; y comenzando a hundirse.” (v30). Aquí destaca el poder de la fe, ya que mientras Pedro confió el agua se convirtió en concreto, pero tan pronto como dudó las aguas volvieron a ser aguas. Mientras confiaba en Cristo y Su Palabra no podía hundirse, pero tan pronto dudó, se hundía. Notemos, pues, que la fe verdadera nos da poder, valentía y éxito. En cambio la incredulidad nos hunde siempre en las aguas del mundo. En el texto se puede ver un proceso interesante: Por su descuido no previó una posterior debilidad de su confianza, por su debilidad temió, y el efecto de su miedo lo hundió, y luego trajo segundos pensamientos de fe y hundiéndose clamó: “Comenzando a hundirse, dio voces, diciendo: ¡Señor, sálvame!” (v30). Su corazón fue más rápido en pedir ayuda, que sus pies en hundirse. Su mente fue racional, lógica en fe, ya que pidió ayuda al mismo que le sostuvo sobre el agua. En él fue muy notorio el signo y efecto de una fe verdadera; en peligro extremo brotan santos deseos, y los santos deseos siempre llevan al Trono de la Gracia para el oportuno socorro.

Le fue natural. Vuelvo a leer: “Comenzando a hundirse, dio voces, diciendo: ¡Señor, sálvame!” Cuando la fe sea débil sería propio que oremos con notable fuerza: “Dio voces.” En muchos casos esto surgirá de un apremiante sentido de peligro y dependencia del favor de Dios. Consideremos un contraste con este grito de ayuda. Si una persona ha sido descuidada en su vida de fe, le será relativamente fácil reflexionar, luego tomar santas decisiones que le empujen en busca de Cristo, pero siempre habrá la duda razonable que lo hizo de manera fabricada, pero en Pedro no fue fabricada, sino natural. No es común o no es tan fácil reaccionar como él. Lo natural en los hombres, cuando se encuentran en medio de peligro de muerte, sería pedir ayuda, no a Cristo, sino a los médicos o las criaturas. Permítasenos unir dos textos como prueba: “De la abundancia del corazón habla la boca... ¡Señor, sálvame!” (Mt.12:34; 14:30). Algo más de su lógica de fe, que habiendo ofendido a su Señor con incredulidad, ahora le confía. Mostró debilidad de su fe, pero no tan bajo que le impidiera refugiarse en su Señor. Es una máxima en la vida de fe: Contra Cristo es que pecamos, y sólo El puede perdonarnos. En vano se juntarían los poderes de los cielos y la tierra para ayudarnos, si Cristo no es nuestra ayuda. Por tanto, y debido a que diariamente le ofendemos, sea nuestra oración constante: “¡Señor, sálvame!” Sólo Cristo Jesús puede salvarnos, no solamente del agua, sino de todo mal, siempre y por siempre.

La ayuda. Tan pronto un alma busca la misericordia de Cristo, la encontrará: “Pero al ver el fuerte viento, tuvo miedo; y comenzando a hundirse, dio voces, diciendo: ¡Señor, sálvame! Al momento Jesús, extendiendo la mano, asió de él.” (v31). No le dijo, si tú hubieses confiado en mi poder, de seguro que eso no te había ocurrido, ni te habría asaltado ese miedo carnal, por el contrario extendió su mano de inmediato y le agarró para salvarle. No le reprochó por eso, le fue compasivo. Es un deber y necesidad orar siempre, pero téngase presente que la respuesta salvífica o liberadora del Señor Jesús tendrá una velocidad de solución proporcional al fervor de nuestra oración, o que mientras más consciente y dependiente seamos de El, más rápida será su respuesta: “Dio voces, diciendo: ¡Señor, sálvame! Al momento Jesús...” Su deleite es salvar, y donde sea requerido hacerlo, lo hará.

La censura. Es incuestionable que Pedro tuvo fe en el Señor, pero mezclada con incredulidad, no fue pura, y así mismo fue atendido, ya que Jesús le dio ayuda mezclada con reproche; nótese: “Al momento Jesús, extendiendo la mano, asió de él, y le dijo: ¡Hombre de poca fe! ¿Por qué dudaste?” (v31). Fue una censura amarga y pesada: “Le dijo: ¡Hombre de poca fe!” Una manera tierna y elegante de decirle: Desconfiado, incrédulo e irracional; lo censuró, y como si se lo echara en cara o enfatizara la censura por haber perdido la lógica o buen juicio: “¿Por qué dudaste?”. El amor y la ternura de Cristo no nos excluyen de ser públicamente censurados si le desconfiamos, pero con el fin de corregirnos o traernos a la verdad. Es cierto que nos salva, y nos salvará por siempre, pero eso no quita que seamos censurados. Cuando Pedro puso sus pies sobre las aguas, uno se maravilla de su gran fe, pero de pronto desciende al otro extremo. Pasó de lo sublime a lo ridículo. No hubo elogios a su gran fe, pero sí una cortante reprensión a su débil confianza. Notemos, pues, que hay más amor en una justa reprensión que en una sonrisa agradable: “El Señor al que ama, disciplina.” (Heb.12:6).

La fe es una Gracia excelente, útil y gloriosa, pero cuando la disminuimos trae mucha vergüenza y problemas. Cuan inestables somos, de un paso firme a otro miedoso. No cabe dudas que mientras estemos en este mundo cambiante, seremos cambiantes de corazón y fe, ya que si eso ocurrió con el gran apóstol Pedro, cómo no será con nosotros. Esto explica porque a menudo nos vienen tristezas inexplicables, somos hombres y mujeres de poca fe. Veamos de nuevo el recorrido de su fe: “Señor... manda que yo vaya a ti sobre las aguas.... Pedro andaba sobre las aguas... ¡Señor, sálvame!” (v27,29-30), y ahora reacciona como si borrara su buena memoria. Nos metemos en problemas cuando dejamos la Palabra de Cristo, y escogemos nuestra propia sabiduría o pensamientos.

Hoy vimos a Pedro caminado sobre las aguas. En dos partes: El pedido de Pedro a Jesús, y el efecto negativo del miedo de Pedro. El apóstol vio que todas las cosas obedecen a Cristo, o que Jesús tiene que dar el mandato. No obstante fue severamente reprendido al mostrar luego debilidad en su fe. Por Cristo escapamos del juicio de condenación, pero no de la reprensión.

Aplicación

1. Hermano: Ten presente que mientras estés en este mundo, caminarás sobre aguas peligrosas. No creas aquellas voces encantadas que dicen que los cristianos no tendrán problemas, esta historia enseña lo contrario, pues es posible que haciendo la voluntad del Señor tengas que navegar en viento contrario, y luego casi hundirte bajo los peligros de este menudo. Aun así te aseguro, que la senda con mayor protección para tu vida es encontrarte bajo la voluntad de Dios, pues aun cuando estés hundiéndote, no te hundirás, ni te ahogarás, el Señor te cuidará y preservará para salvación y gloria en Su Reino. A medida que pasen tus días los peligros contra tu fe aumentarán, entonces será tu sabiduría imitar al apóstol: “Comenzando Pedro a hundirse, dio voces, diciendo: ¡Señor, sálvame!”

2. Amigo: Si los hijos de Dios con dificultad se salvan, tu caso es mucho peor. Ha sido notorio las muchas dificultades que pasó Pedro, aun haciendo lo que Cristo le había mandado, y al final casi zozobra, pero tan pronto como se vio en dificultad clamó por la ayuda de Cristo, y si eso fue pasando sus días junto a Jesús; qué sería de ti que no te has convertido, y tus días los gasta en los pensamientos de las cosas del mundo. Sin fe en Cristo no hay para ti salvación el día que la muerte venga a buscarte. No obstante hay una útil lección a tu alma, que salgas ahora mismo corriendo hacia Aquel quien es la bondad soberana, Cristo Jesús. Si oras a pidiéndole que perdone tus pecados y te salve; de seguro que te salvará. Hazlo ahora mismo.

3. Amigo: Para pedir la salvación a Dios, y te oiga, es necesario que te veas a ti mismo hundiéndote. Si es tu pensar que eres importante, que estás saludable, vivo y coleando, entonces te tengo triste noticia, la salvación del Señor Jesucristo no es para ti. Cristo salva a quines lo necesitan, no puedes tener la salvación como si fuera un seguro de vida que te exonera del infierno, y lo usarías sólo cuando te llegue el fuego, no. De manera, que si te siente abrumado, con terrible vacío en tu alma, sólo, abandonado; entonces Cristo vino hoy a tu vida. Recíbelo con fe.

AMÉN